

AUTORREFLEXIÓN Y DESENCANTAMIENTO DEL CONCEPTO EN *DIALÉCTICA NEGATIVA* DE TH. W. ADORNO*

Chaxiraxi M.^a Escuela Cruz
cescuelac@gmail.com

RESUMEN

La determinación de la filosofía como «Sprachkritik» muestra el papel central que ocupan las reflexiones sobre el lenguaje en la obra de Theodor W. Adorno. El objetivo de este trabajo será proponer su revisión desde la determinación de la «dialéctica del concepto». Ello supondrá, en primer lugar, atender al carácter problemático que otorga al concepto —por un lado, portador del germen de la identidad y el dominio; por otro, único ámbito posible para una recuperación de la legitimidad del pensamiento filosófico— desde el llamado «desencantamiento del concepto», la crítica desde el concepto mismo a su pretendida omnipotencia. En segundo lugar, se propondrá analizar una doble repercusión que tendrá esta tarea: la adopción para la filosofía de un lenguaje expresivo contraimagen de la razón instrumental y la reconstrucción de una experiencia auténticamente dialéctica de la relación sujeto-objeto.

PALABRAS CLAVES: dialéctica, concepto, identidad, desencantamiento, mediación.

ABSTRACT

«Self-reflection and disenchantment of the concept in *Negative dialectics* of Theodor W. Adorno». The consideration of philosophy like «Sprachkritik» shows the central place that occupies the reflections on the language in Adorno's work. The objective of this work will be to propose its revision from the «dialectic of concept». This implies, in the first place, to show the problematic character that is attributed to the concept from the «<disenchantment of the concept>»: on the one hand, it carries of the germ of the identity and the dominion; on the other hand, it's only scope possible to recover the legitimacy of the philosophical thought. This will have one double consequence: the adoption of an expressive philosophical language in opposition to the instrumental reason and the reconstruction of an authentic dialectic experience of the subject-object relation.

KEY WORDS: Dialectics, Concept, Identity, Disenchantment, Mediation.

I

Uno de los motivos intelectuales presentes desde los escritos juveniles de Adorno lo constituye la preocupación por los problemas de lenguaje y, en particular, por el lenguaje de la filosofía. De ello dan cuenta diversos textos, entre los que cabe

destacar su lección inaugural en la Universidad de Frankfurt bajo el título «La actualidad de la filosofía» o las «Tesis sobre el lenguaje de los filósofos», en los que la tarea de la filosofía se revela como «Sprachkritik», como autorreflexión sobre el medio que se expresa, reflexión sobre su lenguaje¹. Esa preocupación seguirá siendo importante a lo largo de su obra, hasta llegar a adquirir un lugar central en las discusiones que en el seno del Instituto de Investigación Social mantuvo con Horkheimer y que serían decisivas para el proyecto de *Dialéctica de la Ilustración*². Tratar de reconstruir las citadas reflexiones desbordaría el marco de este trabajo, de ahí que se encuentre centrado en uno de los principales elementos que componen la constelación del problema del lenguaje en Adorno: la dialéctica del concepto. Esta dialéctica mostrará el carácter dúplice que otorga a los conceptos filosóficos. Por una parte, entrelazados con la identidad y el dominio; por otra, único ámbito de resistencia desde el que es posible la recuperación de la legitimidad del pensamiento filosófico. Enfrentarse a esta dialéctica sólo es posible por medio de lo que llamará el «desencantamiento del concepto»³, esto es, la crítica desde el mismo concepto a su pretendida omnipotencia. Este ejercicio de desarticulación del lenguaje a través del propio material conceptual tendrá importantes repercusiones sobre su comprensión de la tarea y la exposición de la filosofía, repercusiones que intentarán ser abordadas en este artículo.

II

Testigo del desmoronamiento del proyecto ilustrado de *prima philosophia*, Adorno descubre la permanente «herida de muerte» que marca a la actividad filosófica tras el abandono de la pretensión de racionalidad y verdad. Son numerosos los textos donde el autor aborda la progresiva parcelación y administración del saber, en el que todos los ámbitos que remiten a una realidad diferente van siendo cercenados y donde el carácter crítico-negativo del pensamiento es sustituido progresivamente por una lógica niveladora. Si el ámbito social y cultural se ve afectado por esta descomposición y administración, esta situación se manifiesta en mayor medida en el lenguaje, un lenguaje desgastado que entra en el círculo de las mercancías como principio de intercambio, donde las palabras son «desencantadas», algo que conlleva —como se lee en *Dialéctica de la ilustración*— la «censura de la imaginación

* Artículo presentado en el Congreso «El pensamiento de Th. W. Adorno. Balance y perspectivas» celebrado en Palma (Mallorca) en mayo de 2006.

¹ La concepción adorniana de la filosofía como crítica del lenguaje aparece desarrollada en otros textos como *Términología filosófica*, «Observaciones sobre el pensamiento filosófico», *Para qué filosofía*, «La filosofía como crítica de la cultura», *Minima Moralia* o *Dialéctica negativa*.

² Estas discusiones se encuentran recogidas en M. HORKHEIMER, *Gesammelte Schriften*, vol. 12, A. SCHMIDT y G. SCHMIDT NOERR (eds.), Frankfurt am Main, Fischer Verlag, 1996 y ss.

³ Th. W. ADORNO, *Gesammelte Schriften*, vol. 6, G. ADORNO y R. TIEDERMANN (eds.), Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, 1973 y ss. En adelante, se citará la obra de Adorno indicando el número de tomo y la página correspondiente.



teórica» (3, 4) bajo el ideal de esquematización y organización. Rota la relación entre expresión y cosa, la filosofía se convierte en «ventriloquia» (4, 153), en un conglomerado de conceptos—fetiches, abstractos y extraños ante lo que quieren nombrar. Al quedar reducido a sistema, el pensamiento filosófico acaba por perder aquello que era propiamente su esencia: la libertad de espíritu, su posición como «negación determinada de lo inmediato» (3, 43), y con ello es despojado de su contenido objetivo y crítico. Sin embargo, el lenguaje no sólo es una parcela afectada por el incrementado proceso de racionalización social. Cuando, junto a Horkheimer, Adorno asegura que nuestras formas de pensamiento y de conocimiento se relacionan con el plexo de ofuscación social, está denunciado cómo en el lenguaje mismo, en la prehistoria del concepto, se encuentra el origen del dominio, al surgir de una suerte de fusión entre el uso formal e instrumental de la razón. La cuestión que se planteará a la luz de estas reflexiones será la de mantener la posibilidad de un pensamiento crítico cuando se ha mostrado que el problema no reside únicamente en que las palabras están desgastadas, manipuladas, vacías de contenido... sino en que es el propio lenguaje el que contiene en sí el germen de la fusión entre razón y dominio. En definitiva, ¿cómo es posible aún el lenguaje de la filosofía?

III

En *Dialéctica negativa* se señala cómo el pensamiento filosófico sigue reclamando en la actualidad la crítica de la razón por ella misma, y no su eliminación (6, 92). Todo lo que posea una función o utilidad está embrujado por la organización y jerarquización, por lo que sólo un pensamiento que confiese su carácter disonante y su inutilidad puede salvarse. Por ello, la esperanza que le queda a la filosofía de eximirse de la sospecha de ser ideológica es recuperar su nervio vital en la búsqueda de lo aún no manido y esquematizado, de ahí que si es todavía necesaria lo es como «conciencia de la diferencia», como crítica y resistencia contra la justificación de lo existente. Pero también contra sí misma; la filosofía debe ser conciencia crítica de sus límites y fracasos (6, 15); de ahí que sólo una teoría filosófica que conozca sus límites y que se erija críticamente contra la pretensión de seguridad, de sistema e identidad, pueda recuperar el potencial negativo del pensamiento. Ello supone un desmontaje de los ideales de la *prima philosophia* de integración, sistematicidad, jerarquización y afán de coherencia. Son esclarecedoras a este respecto las palabras que, en el ensayo dedicado a la figura de Siegfried Krakauer, Adorno profiere: « las fisuras de una filosofía son más esenciales que la continuidad de su sentido» (11, 389). Se propone recuperar una nueva noción de «filosofía infinita» entendida como «experiencia plena en medio de la reflexión conceptual»⁴,

⁴ Th. W. ADORNO, *Philosophische Terminologie*, R. ZUR LIPPE (ed.) Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1973. En adelante se citará con las siglas PT, seguido del número de tomo y de la página correspondiente.



recuperación negativa de lo particular y concreto, a fin de procurar «asilo» a aquello que bajo el título de contradictorio o absurdo permanece oculto por el sistema y la integración. Se trata de darle voz y expresión a lo silenciado, lo que supone mantener una relación diferente con el objeto y adoptar una nueva reflexión sobre el lenguaje. En definitiva, frente a la sentencia de Wittgenstein, la posibilidad de la filosofía debe pasar por tratar de decir lo indecible, por darle voz a aquello que quiere ser expresado (5, 336).

IV

Para Adorno, como para Horkheimer, pensar es siempre identificar, clasificar, subsumir lo particular bajo predicados generales. Sin concepto y sin identidad, la realidad se le presentaría al conocimiento como material caótico. Pero como el propio autor señala en *Dialéctica negativa*, «el concepto de concepto se torna problemático» (6, 156), ya que en él permanece una pretensión de invarianza que muestra su forma hipostasiada frente al cambio y el movimiento que caracteriza todo lo comprendido en él. La identidad del concepto y la eliminación de lo heterogéneo aparecen de la mano cuando el concepto deviene en fetiche y olvida su determinación histórica, natural y mediada. Esto demuestra cómo la dificultad inherente al lenguaje filosófico estriba en que si bien constituye, por un lado, el intento de sustraerse al pensamiento sistematizado y especializado, de otro contiene en sí mismo el germen de la identidad y la sistematicidad. Se ve obligado a conducirse según las leyes de la lógica discursiva, pero al mismo tiempo debe rechazar su propia legalidad, lo que significa poner de manifiesto la paradoja que toda voluntad crítica-filosófica debe hacer explícita: la concepción del lenguaje como *organon* de la razón discursiva y como instancia crítica ante ésta, como correctivo de sí misma (10.2, 606). Para Adorno, el pensar filosófico-dialéctico debe mostrar su posibilidad de erigirse como instancia autocrítica sin que ello signifique su renuncia. Una tarea que no pasará ni por la adopción de una «criptoterminología» donde el lenguaje capte o intuya la realidad de un modo inmediato, ni por el abandono de la filosofía al lenguaje cotidiano. De ahí que en *Mínima Moralía* el pensamiento dialéctico se defina como el intento de romper el carácter impositivo de la lógica con sus propios medios (4, 169), el enfrentamiento del lenguaje consigo mismo con el fin de buscar vestigios de esperanza, ámbitos que escapen del dominio de la lógica discursiva. Por todo ello, el concepto muestra en sí mismo el carácter precario y también crítico del lenguaje, cuya denuncia constituye el centro estructurador del pensamiento adorniano.

V

La crítica de Adorno al lenguaje no sólo es el hilo conductor de su exposición frente a la filosofía idealista y sistemática, sino también el eje de articulación para su propuesta de salvación de la expresión lingüística. Esto justifica la necesidad



de una revisión crítica del concepto como única vía posible para la recuperación de la legitimidad del pensamiento filosófico. De este modo, encuentra en él el germen de la relación entre razón, identidad y dominio, pero al mismo tiempo, el ámbito en el que se hace posible una resistencia crítica frente a éste⁵. Por ello, la filosofía sólo podrá salvarse haciendo explícita esta dualidad, es decir, procurando lo que Adorno llama en *Dialéctica negativa* el «desencantamiento del concepto» (6, 21). Cabe advertir que esta tarea desencantadora no puede ser interpretada como reflejo de una voluntad ilustrada de desenmascaramiento de lo mítico, que tenga como objetivo alcanzar un conocimiento pleno de la cosa a fin de abarcarla totalmente. Por el contrario, el desencantamiento del concepto propuesto por Adorno debe ser interpretado como «des-fetichización». Su objetivo es sacar a la luz eso que el propio concepto negaba al subsumirlo bajo la identidad. En la medida que la filosofía debe iluminar la no-verdad de la utilización de los conceptos como unidades unívocas, se trata de un desenmascaramiento crítico frente a la totalidad, pero también una misión de custodia de las cualidades y de lo específico, de lo oprimido y vetado por el sistema. Aunque la clasificación y la esquematización que realiza el concepto es una condición del conocimiento, éste no puede ser reducido a estas actividades. Por ello, aunque pensar implica siempre identificación y subsunción, sólo es posible apuntar a la expresión de lo inexpresable abandonando el carácter autosuficiente del concepto como totalidad cerrada. «El concepto no agota lo conceptualizado», dice Adorno, por lo que desencantarlo es hacerlo conciente de su «insuficiencia constitutiva», una insuficiencia que hace necesaria su vinculación con redes no-conceptuales. Ya en su génesis, el concepto no puede olvidar su vinculación con la realidad no conceptual, sin la cual su actividad y tarea devendría nula. La dialéctica negativa entendida como «conciencia consecuente de la no-identidad» (6, 17) supone la toma en consideración de lo no-idéntico al concepto como signo que revela la no verdad de la identificación total. Sin pretenderlo, el propio pensamiento conceptual postula aquello que está más allá de sí mismo. Por ello, Adorno señala que la filosofía se asegura de lo no-conceptual en el mismo concepto, en la construcción conceptual del pensamiento.

VI

Si bien es cierto que se deshace la pretensión autárquica del concepto como totalidad autosuficiente de valor ontológico al ser necesaria su vinculación con lo no-conceptual, éste debe hermetizarse, impermeabilizarse, eximirse de la realidad a la que está necesariamente sujeto. Necesita mantener su apariencia de en-sí. Mediante el pensamiento, el sujeto logra distanciarse de la realidad para ponerla frente

⁵ En los protocolos de discusión con Horkheimer, Adorno sostiene: «en la afirmación del lenguaje se esconde, al mismo tiempo, la negatividad de lo que está encerrado en él», vid. M. HORKHEIMER, *op. cit.*, p. 501.



a sí, de ahí que la precisión e identificación del concepto sustituya a la mismidad de la cosa, evitando que ésta se haga totalmente presente. Entre ellos y lo que conjuran se abre un abismo infranqueable, lo que muestra la imposibilidad de una identificación o «adequation» total entre palabra y cosa. Tal como se asegura en *Dialéctica de la ilustración*, la negación de la función de distanciamiento del pensamiento y su resignación a lo inmediato, lo condena tanto a su propio empobrecimiento y reducción a la tautología, como al de la experiencia del objeto (3, 53). De ahí que Adorno abogue por la necesidad de mantener para el pensamiento un distanciamiento crítico respecto a los hechos, algo que sólo es posible a través de la apariencia del ser-en-sí del concepto, su pretensión (no obtención) de autarquía que proteja al potencial crítico de la filosofía frente al momento de arbitrariedad que supone el mero reflejo de la cosa. Por eso, define la dialéctica como el esfuerzo persistente por romper la coacción que imprime la identidad mediante la energía de la propia identidad, una energía que se encuentra coagulada en los conceptos (6, 159). En resumen, el momento expresivo y el momento comunicativo, lo mimético y lo conceptual son inherentes a la experiencia filosófica. Éste es el centro de una filosofía negativa, y también la mayor objeción a la filosofía de la identidad: enfrentar lo idéntico del concepto con lo no-idéntico que éste encierra.

VII

Entender la utopía del conocimiento como la voluntad de abrir con conceptos aquello que no es conceptual tendrá una doble repercusión en la visión adorniana de la filosofía. De un lado, la vinculación del concepto con redes no conceptuales determinará el carácter asistemático y antitotalitario de su pensamiento. La esperanza de levantar puentes de conexión entre lo conceptual y lo mimético se convierte en «arma dialéctica» dirigida las posiciones filosóficas construidas sobre una totalidad abarcante y niveladora. Pero, de otro lado, será la base desde la que se hace posible la adopción de un lenguaje expresivo, alejado del instrumental y contraimagen de la dominación subjetiva del objeto. Arte y filosofía serán los lugares donde Adorno cifrará la posibilidad de un ámbito de reconciliación, la atalaya de confluencia entre mimesis y razón desde donde construir un lenguaje que no se agote en la coherencia y la logicidad, pero que tampoco olvide su rigor conceptual; un lenguaje que encierre la posibilidad de conjurar el rescate de lo no-idéntico de los conceptos en la propia articulación conceptual. En Adorno la filosofía debe aparecer, entonces, como instancia de renuncia, de crítica y de recuperación: renuncia a cualquier voluntad de identidad e inmediatez, crítica a la pretensión de aprehender la totalidad de lo real con el pensamiento y recuperación de lo extraño, lo oculto, lo no-idéntico que hasta el momento había permanecido vetado o eliminado. Por ello, si aún fuese posible hablar de actualidad de la filosofía, sólo sería como resolución crítica de enigmas, como pensamiento crítico en constelaciones. En la noción benjaminiana de «constelación» que hereda Adorno como elemento que posibilita la entrada en el juego filosófico de los elementos eliminados por el sistema, se experimenta la «insuficiencia constitutiva» de los conceptos a la que nos



hemos referido con anterioridad. Con ese proceder, el descubrimiento del objeto se realiza desde la constelación en la que se encuentra, lo que significa descifrar su interior como devenir, esto es, conocer el proceso y movimiento que el objeto acumula en sí. Los conceptos filosóficos dejan, entonces, de ser designaciones cosificadas y permanentes, para mostrarse como entidades históricas, que pierden su «dureza» a través del lugar o contexto en el que se encuentren. Son, según la designación husserliana de la que Adorno se hace eco en *Dialéctica negativa*, «títulos para problemas», marcas de lo objetivo irresuelto (6, 156). Esto conduce a un procedimiento paratáctico que, pretendiendo alejarse de la identidad, la tautología y la repetición, se propone romper con la lógica de la sintaxis entendida como secuenciación o jerarquía lógica del método, para «hacer hablar al lenguaje». La constelación, la parataxis y el campo de fuerzas permiten a Adorno, en definitiva, denunciar las construcciones filosóficas ancladas en la pretensión de claridad sistemática y unitaria que, al pretender esquematizar lo esencial con el fin de proporcionar seguridad, terminan por eliminarlo (6, 43). Con un concepto enfático del lenguaje como expresión frente al ideal de comunicación y con una verdad que ya no es entendida como entidad unitaria y originaria sino como constelación deviniente (10.2, 604), el pensamiento filosófico queda desprotegido, es un «pensar sin suelo seguro» Filosofar, afirma, es hacerlo siempre en intermitencias, al estar siempre interferido e interrumpido por eso que no es el pensamiento mismo.

VIII

Es importante señalar cómo la pretensión de romper con el sistema filosófico no implica la caída en un relativismo que conciba la filosofía como tarea arbitraria y dispersa. Por el contrario, se mantiene la pretensión de una filosofía consecuente y rigurosa, aunque ya la seguridad no se logra a través de construcciones sistemáticas basadas en la reducción de lo disperso a lo idéntico. Se trata ahora de una exigencia de «obligación sin sistema» que busca ser plasmada por medio de las constelaciones, el ensayo, la escritura fragmentaria y los modelos. Si la filosofía quiere desprenderse del ideal de totalidad debe rechazar la función simbólica inherente a la búsqueda de sentido e intención en la realidad, una función que equivaldría a ver en lo particular un símbolo de lo universal. Los modelos, frente al procedimiento ejemplificador, suponen alcanzar lo específico sin entenderlo como ejemplo o ilustración de algo ya existente, sin sublimarlo en un concepto superior, sino a través de un juego de acercamiento-distanciamiento a una realidad que se aleja de toda ley. La filosofía ya no puede ser entendida como complejo irrefutable de fundamentación autosuficiente, de ahí que toda construcción filosófica que pretenda aún erigirse como total e independiente y que aspire a desplegar desde sí misma la verdad del todo, termina por convertirse en «sistema de delirio» (10.2, 461). Adorno entenderá por dogmático aquel momento de la filosofía que concibe el pensamiento como algo fijo, exterior y heredado. De forma similar a la acusación que dirige sobre el arte moderno, el mayor peligro de la filosofía sería su falta de peligro. Cuanto más acomodado en el sistema esté el pensamiento, asegura, mayor

será también su aspiración ideológica a convertirse en experiencia primigenia, de ahí que la función de la filosofía sea el desvelamiento de lo inmediato, originario y absoluto, como mediado, devenido y quebradizo.

IX

Por otro lado, el desencantamiento del concepto comporta un reducto de esperanza para una posible expresión del objeto. Hay un plus en la realidad que escapa a la lógica discursiva, que se resiste a ser totalmente integrado en el lenguaje: la particularidad y diferencialidad de la cosa y su carácter histórico⁶. La conciencia de este ámbito que trasciende a lo conceptualizado, la conciencia de lo no-idéntico, constituirá la base filosófica sobre la que se reconstruya la posibilidad de una experiencia diferente de reconciliación entre sujeto y objeto. La componente mimética del lenguaje que escapa al concepto permite entenderlo como ámbito de resistencia del pensamiento. En este espacio que la filosofía debe hacer explícito, la tensión dialéctica entre sujeto y objeto actúa como correctivo frente a la exigencia de totalidad inherente al pensamiento mismo. Los conceptos son testigos de la tarea de denuncia y recuperación que Adorno asigna a la filosofía; ellos reflejan la paradoja constitutiva de una actividad filosófica que resulta técnica de pensamiento organizada en sí misma y, al mismo tiempo, víctima de la división del trabajo. Son nudos históricos del pensamiento que persisten mostrándose como «cicatrices endurecidas de problemas irresueltos» (PT, 10-11) y que posibilitan el discurrir de la historia de la filosofía. Se trata de interpretar la tarea de un acercamiento dialéctico a la filosofía como rehabilitación de la vida, la historia y el movimiento coagulados en los términos y conceptos. Por eso, para Adorno la filosofía tiene su principal tarea, su momento constituyente, en el lenguaje y la exposición. Exponer es tratar de aproximarse a las cosas, lo que no requiere de conceptos estáticos, sino de constelaciones conceptuales que no subsuman lo particular bajo una generalidad abstracta, sino que lo iluminen. La filosofía, por tanto, trata de «prestar oídos» a las cosas por medio de la crítica lingüística, de la composición y descomposición de conceptos, que permitan la expresión de la historia cristalizada en las cosas, el shock de lo abierto. Es decir, la negatividad y entrega al objeto mismo.

X

El objetivo de este trabajo ha sido propiciar un acercamiento a la interpretación de la tarea de la filosofía como el pensar utópico de lo no-idéntico mediante el enfrentamiento de conceptos contra conceptos. Lo enigmático de esta tarea la

⁶ U. Guzzoni señala tres momentos claves del objeto que escapa a ser reducido en lo conceptual: la particularidad de la cosa, el contexto en el que cada objeto se halla irremediamente vinculado a otro y el carácter histórico, vid. U. GUZZONI, *Sieben Stücke zu Adorno*, Freiburg, München, 2003.



hace asemejarse al empeño del personaje de Raspe, el barón de Münchhausen, quien pretendía salir del pozo en el que había caído tirándose de sus propias coletas. La filosofía es —afirmó Adorno— « el esfuerzo del concepto por curar las heridas que él mismo infringe al pensamiento» (PT, 55). Es precisamente en este esfuerzo por mantener viva la llama de la filosofía frente a la exigencia de imparcialidad, claridad y simplicidad, donde Adorno cifraría la posibilidad de resistir el avance del mundo administrado. Queda abierta la cuestión de si esta suerte de «donquijotería lingüística», que se trasluce en su escritura y que se plasma en el uso de expresiones como «esperanza del nombre», «constelación conceptual», «parataxis», «expresión de lo inexpresable» o «fantasía exacta» puede aminorar el papel de la identidad conceptual e invertir la dirección del lenguaje. En cualquier caso, Adorno nos deja como legado el lema «pensar peligrosamente», la exigencia de valentía cívica en la teoría y una filosofía entendida como «pensamiento que no se deja frenar» (7, 391) ni por el afán de seguridad ni por las opiniones extendidas.

